

Stefano Mancuso

Fitópolis

La ciudad viva



Galaxia Gutenberg

STEFANO MANCUSO

Fitópolis, la ciudad viva

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Fitopolis, la città vivente*
Traducción del italiano: David Paradela López

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2024

© Gius. Laterza & Figli, 2023
Reservados todos los derechos
© de la traducción: David Paradela, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 76-2024
ISBN: 978-84-19738-87-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo	9
1. El hombre es la medida de todas las cosas	13
2. El cuerpo se hace arquitectura	25
3. La ciudad en evolución	39
4. La supervivencia del más apto	47
5. Metabolismo urbano	87
6. La ciudad difusa	103
7. Fitópolis	123
8. La senda de los árboles	135
Notas	155
Referencias iconográficas	165

Prólogo

En el espacio de pocas décadas, hemos asistido a una revolución en los hábitos ancestrales de la humanidad. Sin que nos diéramos cuenta, paso a paso –kilómetro a kilómetro, diría yo–, nuestra especie, que hasta hace poco vivía inmersa en la naturaleza y habitaba todos los rincones del mundo, ha ido reduciendo su radio de acción, hasta el punto de que la mayoría de sus miembros se concentran solamente en los núcleos urbanos. De ser una especie capaz de vivir en cualquier parte, nos hemos transformado, en pocas generaciones, en seres especializados en la vida de ciudad. Una revolución sólo comparable a la transición de cazadores-recolectores a agricultores que tuvo lugar hace doce mil años.

Hoy en día, ya no vivimos en el planeta en su conjunto, sino en las ciudades. Por consiguiente, el modo en que las hemos imaginado y construido, su eficacia y los efectos que ejercen sobre todos los seres vivos se han convertido en un asunto que trasciende el mero urbanismo y que afecta a todo cuanto vive. La vida en la ciudad proporciona a nuestra especie una mayor funcionalidad en muchos ámbitos: desde el consumo energético, el transporte, la escolarización y la asistencia sanitaria hasta las oportunidades laborales y culturales, en el entorno urbano todo funciona con mayor eficacia. Al mismo tiempo, el habernos alejado de nuestro hogar natural es la principal causa de muchos de los problemas de la modernidad. Para resolver este conflicto aparentemente insoluble entre ciudad y naturaleza, es preciso que las ciudades del futuro, ya sean de nueva planta o restauradas, reintroduzcan la naturaleza en nuestro nuevo hábitat, transformando así las urbes en «fitópolis», ciudades vivas

en las que la proporción entre plantas y animales se aproxime a la que encontramos en la naturaleza: un 86,7 % de plantas frente a un 0,3 % de animales (incluidos los humanos). Para ello habría que destinar una gran parte de la superficie urbana a las plantas; justo lo contrario de lo que ocurre en estos momentos. No se me ocurre nada más importante para el futuro de la humanidad que reajustar nuestras relaciones con el resto de los seres vivos. Sobre todo con las plantas.

La relación entre los humanos y las plantas es un tema peliagudo: se trata de algo cuya verdadera esencia se nos escapa a la mayoría, pese a ser tan simple que podríamos describirla con una sola palabra: dependencia. La vida animal *depende* de la vida vegetal. Sin las plantas, la vida animal sería imposible. Las plantas, según la bella definición de Kliment Timiriázev, botánico ruso de principios del siglo xx, son el eslabón entre el Sol y la Tierra. Gracias a la fotosíntesis, las plantas logran algo tan aparentemente milagroso como transformar la energía luminosa del Sol en energía química (azúcares), la cual permite a los animales vivir y multiplicarse. La fotosíntesis es el verdadero motor de la vida: agua, luz y dióxido de carbono para producir azúcares y oxígeno. No hay nada más importante; dependemos de las plantas para todo. Sabido de todos es que las plantas forman la base de la cadena alimentaria y que el oxígeno que respiramos procede de ellas. Sin embargo, a menudo se nos escapa que las llamadas energías fósiles (como el petróleo y el carbón) tienen que ver con los fósiles vegetales y que la mayoría de los principios activos medicinales, las fibras textiles y los materiales de construcción (la madera) son de origen vegetal.

Por si todo esto no fuera suficiente, recordemos también que las plantas son nuestro hogar. En sentido literal. Nuestros antepasados eran seres arborícolas, es decir, vivían en los árboles, como siguen haciendo hoy en día muchos de nuestros parientes más cercanos, los primates. Esta antigua familiaridad con las copas de los árboles, con sus ramas y hojas, ha tenido efectos más profundos de lo que podríamos imaginar. En cierto sentido, nuestro cuerpo, desde su estructura general hasta los rasgos que consideramos más típica-

mente humanos, es un fiel reflejo de esta génesis arbórea. La visión binocular con los ojos hacia delante; la diferenciación entre las extremidades anteriores, formadas por brazos y manos aptos para la función prensil, y las extremidades posteriores, formadas por piernas y pies aptos para la locomoción; la postura erguida; los dedos con uñas en lugar de garras; las crestas en las yemas de los dedos que conocemos como huellas dactilares; etcétera: todos estos son cambios evolutivos que se originaron para permitir que los primates vivieran en los árboles y cuyas consecuencias han sido fundamentales para nuestra historia. Si alguna vez habéis obedecido al impulso atávico de trepar a un árbol, sabréis que la copa es un entorno en el que cuesta desenvolverse: una maraña de ramificaciones difíciles de atravesar, con ramas y ramúsculos cada vez más finos hacia las extremidades de la copa, donde se encuentra la parte productiva del árbol. En condiciones como estas, la visión binocular ayuda a calcular mejor las distancias y a desplazarse con más seguridad; el cuerpo erguido y los brazos prensiles permiten trepar por el tronco y las ramas; y tener una mano con los dedos dotados de suaves almohadillas y protegidos por uñas permite alcanzar hasta las ramas más delgadas para recoger frutos y hojas. Gracias a estas manos, aptas para vivir en los árboles, los humanos hemos desarrollado la capacidad de fabricar utensilios.

De los árboles proviene gran parte de lo que nos hace humanos. No sólo porque durante millones de años nuestros antepasados vivieron entre su follaje, modelando su cuerpo en respuesta a ese hábitat verde, sino también porque gracias a la madera pudieron construir sus primeros refugios y herramientas. Los humanos coevolucionaron con las plantas y siempre han vivido en entornos en los que estas representaban la práctica totalidad del ecosistema. En términos evolutivos, la ruptura de este vínculo es muy reciente. Hace pocas décadas que pasamos el tiempo delante de una pantalla de ordenador y apenas tres o cuatro generaciones que tenemos viviendas iluminadas con luz eléctrica, pero antes fuimos agricultores durante unas quinientas generaciones, y durante algo así como veinte mil generaciones fuimos cazadores-recolectores íntimamente

ligados al mundo natural y, por consiguiente, a las plantas que lo forman casi por entero. Veinte mil generaciones humanas no pasan en balde. Esas veinte mil generaciones que vivieron entre las plantas han influido mucho más en nuestra humanidad que las quinientas que han transcurrido desde el inicio de la agricultura y la civilización. Pensemos en el color verde: es el color del que nuestra especie es capaz de apreciar un mayor número de tonalidades. El hecho de que nuestros ojos distinguan el color de las plantas con mayor detalle que ningún otro resulta bastante significativo, como si las raíces de nuestra historia nos indicaran adónde es importante dirigir la mirada, ya que nuestra capacidad de supervivencia, tanto hoy como hace trescientos mil años, depende de las plantas. Sin embargo, aunque la nuestra historia esté marcada por la relación con las plantas, nos hemos empeñado en creernos una especie no sólo al margen, sino, por supuesto, por encima de la naturaleza, hasta el extremo de que hemos borrado a las plantas de nuestro horizonte, volviéndonos ciegos a un mundo del que dependemos.

En pocas palabras, nuestra relación con las plantas no se limita en absoluto a una simple dependencia alimentaria, energética o como queramos definirla, sino que es mucho más profunda e implica una fuerte acción de las plantas sobre cualquier aspecto de nuestra vida. Escuchar a esas veinte mil generaciones que nos han precedido y para las que el bosque era su hogar puede revelarse crucial incluso a la hora de construir o modificar nuestra manera de entender las ciudades. En una época de cambios tan drásticos, en la que la resiliencia y la capacidad de adaptación devienen valores fundamentales, imaginar nuestras ciudades como si fueran organismos difusos y en comunidad con el resto de los seres vivos, imaginar, en definitiva, nuestras «fitópolis» como si fueran plantas, podría reportar enormes beneficios a nuestra especie y al planeta.